

Queridas Hijas,

Hay varios aspectos en la vida de la Asunción que os he explicado con frecuencia. Tomaré, hoy de nuevo, tres o cuatro puntos que me interesa precisar más.

Ciertamente Monseñor Gay ha definido admirablemente nuestro espíritu, cuando dice que, como Religiosas de la Asunción, debemos estar especialmente unidas, vinculadas a esta vida de la Santísima Virgen que no es otra que la de Nuestro Señor Jesucristo, y a ejemplo suyo, elevarnos siempre por encima de todo lo terreno y vencer todas las dificultades con el “¡Sursum corda!”. Tratemos de mantenernos siempre en esta disposición. Cuando algo fracasa, en las dificultades, en los sufrimientos, elevémonos por medio de la fe, por medio del amor. Esta debe ser nuestra asunción, mis queridas hijas: elevarnos por encima de todos los sufrimientos, de todas las dificultades, de todos los tedios de la vida, manteniéndonos siempre en la línea de la fe, en la línea de la esperanza, en la línea del amor a Nuestro Señor.

Pero otro aspecto de nuestra vida es el espíritu de celo y de entusiasmo por el advenimiento del reino de Nuestro Señor en la tierra. Es ese algo de ardiente, de militante, que caracteriza la conducta de los Padres de la Asunción y que lo ha formulado en sus reglamentos con este lema: “Adveniat Regnum tuum”, convertido en su divisa. En nosotras, este espíritu de celo se debe manifestar por un esfuerzo de amor a Nuestro Señor, de entrega y de celo por las almas, puesto que estamos consagradas a su servicio, y por este amor filial a la Iglesia que hará todo lo que se refiere a la Iglesia, todo lo que le afecta, todo lo que le interesa, todo lo que le corresponde sea para nosotras objeto de un pensamiento, de un deseo, de una oración, el motivo de una preocupación continua y constante.

Sabéis que esto es lo que siempre se ha tratado de inculcar en vuestras almas y lo que interesa que hagáis crecer cada día: el deseo de la vida cristiana en sí misma y en los demás, el deseo de la perfección en sí y en los otros, el deseo, en una palabra, de todo lo que puede dar mayor gloria a Nuestro Señor Jesucristo y extender su reino en las almas.

Esto me lleva a un tercer aspecto de nuestra vida que, quizá nos preocupaba más en los comienzos de nuestro Instituto, cuando éramos muy pocas: la vida de Jesucristo reproducida en nosotras. Ciertamente, esta imitación de la vida de Nuestro Señor es necesaria para elevarse por encima de la vida natural, para trabajar en la salvación de las almas, en la extensión del reino de Nuestro Señor Jesucristo; pero, como Religiosas de la Asunción, debemos formarnos más especialmente según este divino modelo. Distintos puntos de la Regla lo recomiendan y dicen que el mejor medio de garantizar completa seguridad a nuestro Instituto, es aplicarse constantemente a no decir nada ni hacer nada que no pudiese decir o hacer Nuestro Señor o su Santísima Madre.

Hay una manera de ser, de actuar, de pensar en Nuestro Señor, como Él actuaba, cuando estaba en el mundo. Debéis imaginaros, con frecuencia, lo que Él era respecto a la salud y a la enfermedad, respecto a la vida y respecto a la muerte, respecto a los amigos y a los enemigos, respecto a los parientes y al prójimo, en una palabra, respecto a todas las criaturas, a todas las cosas, a todas las personas que podáis imaginar, para configuraros

con ese ejemplo, para que lo realicéis en vosotras mismas del modo más perfecto y llevéis así una vida verdaderamente evangélica.

Es verdad que todos los cristianos tienen que esforzarse en copiar a Nuestro Señor, puesto que para entrar en el cielo, se nos tiene que encontrar semejantes a este divino modelo, y que el Padre celestial no predestinará a la gloria sino a aquellos en quienes encuentre los rasgos de su divino Hijo; pero, para conservar este espíritu de fe y de sencillez, de amor a Nuestro Señor, que es hoy la característica distintiva de nuestro Instituto, tenemos un deber especial de estudiar este divino modelo, de copiarlo y de continuar, en lo posible, su vida en la tierra; -continuarla en su celo, en sus obras, en sus pensamientos, en toda la conducta de su vida, de modo que, cuando hagamos una buena obra, nuestra intención sea continuar las excelentes obras que Nuestro Señor ha hecho en circunstancias semejantes; y no hacer nada que su humanidad santa no hubiese podido hacer durante su vida mortal.

Rezamos el Oficio divino. Es seguro que Nuestro Señor y la Santísima Virgen rezaron a menudo estos mismos salmos que nosotras rezamos, puesto que la santa Iglesia pone en nuestros labios estas palabras: “Domine, in unione illius divinae intentionis quia ipse in terris laudes Deo persolvisti, has tibi horas persolvo”. “Señor, te ofrezco estas oraciones en unión a la intención divina con la que Tú mismo has cantado las alabanzas de Dios en la tierra”. Es una intención magnífica para el Oficio el situarse en el seguimiento de Nuestro Señor. Podemos conducirnos así en todas nuestras actuaciones; puesto que Jesús vive en nosotras por la gracia, vive en nosotras por la sagrada comunión; Él es quien da vida a nuestras oraciones, a nuestras obras.

Así como el cuerpo y el alma santa de Nuestro Señor estaban bajo la plena dependencia de la segunda persona de la Santísima Trinidad, -puesto que no había persona humana en Cristo, sino sólo la divina; así nos debemos situar nosotras por la fe, por la gracia y por el amor, bajo la dependencia de Nuestro Señor, que es nuestra cabeza y cuyos miembros somos nosotros; bajo la dependencia de su Espíritu Santo, que habita en nosotros, como en templos suyos; y actuar bajo esta acción divina en las obras de celo, en la práctica de las virtudes, en todas las acciones de nuestra vida, que nunca haremos perfectamente más que si nos mantenemos bajo la influencia de este jefe divino. Somos sus miembros, y somos algo de ese cuerpo vivo, que es la Iglesia de Jesucristo en la tierra y que, transformada, transfigurada, debe permanecerle unida en la eternidad.

Pero para llegar a la unión con Nuestro Señor, hay primero que esforzarse en seguirle en la dependencia y en la humillación. Esto es lo que quiero decir siempre: todo el mundo quiere empezar por la unión, como las personas que, al construir, ¡quisieran empezar por el tejado! Para llegar a la unión, es absolutamente preciso comenzar por la imitación; hay que penetrarse del santo Evangelio, de los pensamientos de Nuestro Señor, de sus palabras, de sus obras; reproducirlos lo más posible en nuestra conducta.

Querer tender a la unión sin pasar por la imitación, es pura ilusión. Se podrá empezar por un acto de unión; pero sería prescindir de los medios para permanecer en la unión, si no se examina con atención el santo Evangelio para ver cómo Nuestro Señor practicó la humildad, la obediencia, la pobreza, la sencillez; cómo procedió en su nacimiento, en su vida oculta, en su vida pública. Por un acto de amor, uno se coloca en ella un instante y eso está muy bien; pero no os podéis mantener, si no tenéis los alimentos

necesarios, que son los pensamientos y la práctica de la imitación, deducidos de la vida de Nuestro Señor y de las palabras del Evangelio.

Dicho esto, de la unión, se puede comprender mejor el espíritu propio de nuestra Congregación, la tendencia a la perfección que le caracteriza.

Al fijarme en estos tres puntos de vista, creo haber esfuerzo para elevarse sin cesar por encima de las cosas de la tierra; esfuerzo para mantenerse en el espíritu de celo y en el amor a la Iglesia; esfuerzo, en fin, para seguir a Jesús, para buscar siempre en el santo Evangelio la regla y el modelo de nuestros pensamientos, de nuestras palabras, de nuestras acciones, a fin de unirnos cada vez más a Nuestro Señor y dejarle que viva en nosotras, que actúe en nosotras, que reine en nosotras mucho más que nosotras mismas.